CAPÍTULO LXVIII. *Que Fernando Cortés llegó a Mexico y no quiso visitar a Motecuhzuma; y cómo los indios le comenzaron a combatir y eligen por su capitán a Cuitlahuac, hermano de Motecuhzuma*

TRO DÍA, BUSCANDO OJEDA Y MÁRQUEZ indios que llevasen las cargas, porque de ello tenían cuidado, hallaron uno vestido, ahorcado de una viga de la casa; y comenzando a caminar el ejército en una plaza, hallaron un gran montón de pan y más de quinientas gallinas, sin persona que lo guardase, y aunque Cortés no lo tuvo por buena señal y quisiera no haber escrito lo arriba referido, dijo a la gente, con mucha disimulación, que serían riñas de por San Juan. Y el día de este santo entró en Mexico. Estaban los indios a las puertas de sus casas, callando y a la pasada amenazaban. Vieron las puentes, de unas casas a otras, quitadas y otras malas señales. Llegaron al alojamiento, estaban las puertas cerradas, llamaron para que abriesen, subió Pedro de Alvarado en el muro, dijo: ¿que quién llamaba? Respondió Cortés que él era; dijo si venía con la libertad, con que salió de allí y con el señorío que tenía sobre ellos; respondió Cortés que sí y con victoria y mayores fuerzas. Mandóle abrir; besóle las manos; entrególe las llaves y fue cosa notable el alegría con que se recibieron unos a otros. Contaban los de Alvarado los peligros en que se habían visto, las muertes de los tres compañeros, los combates que habían recibido, el deseo con que esperaban el socorro y cómo cesó la furia de los indios, con la nueva de que iba Cortés. Y los recién llegados también contaban lo que les había sucedido; y porque no cupo toda la gente en la casa, la otra se fue al templo mayor. Era de mediodía cuando entraron los castellanos en Mexico, acompañados de muchos tlaxcaltecas y otros indios amigos. Poco después envió a visitar a Motecuhzuma, con fray Bartholomé de Olmedo; preguntóle si el capitán venía cansado y que por esto no le visitaba luego. Dijo que si no venía enojado, que le daría un caballo con su persona, de bulto sobre él, todo el oro; y habiéndole contado el padre Olmedo lo que sucedió con Narváez se despidió de él. Muchos han dicho haber oído decir a Fernando Cortés que si en llegando visitara a Motecuhzuma sus cosas pasaran bien y que lo dejó estimándole en poco, por hallarse tan poderoso. Muchas causas dijeron a Cortés que habían movido a los mexicanos para alterarse; unos decían que por lo que contra él escribió Narváez; otros porque se fuesen de la ciudad y libertar a Motecuhzuma; algunos que por ocupar el oro, plumería, ropa y joyas que tenían los castellanos, que se estimaba en más de setecientos mil ducados; otros que por no ver allí a los tlaxcaltecas, sus mortales enemigos y por haberles derribado sus ídolos, introduciendo nueva religión.

Estando, pues, Cortés ya en esta ciudad de Mexico y viendo lo que pasaba y cómo estaban contra él y los suyos puestos en arma sus moradores,

mandó llamar a los más principales caballeros, hízoles una larga plática, diciendo que les perdonaba lo pasado, con que para adelante fuesen como antes eran amigos, y aunque oyeron lo que les dijo con atención, sin responder más de que verían lo que les convenía y sin hacer ningún comedimiento, se fueron unos a un cabo y otros a otro. Estaba Motecuhzuma muy sentido de ver que no le visitaba Cortés y con todo eso era de tan noble condición, que aunque los suyos le indignaban mucho hiciera cualquiera cosa para dar contento a Cortés, si se viera estimar de él. Y porque desde el caso sucedido con Alvarado no se hacía mercado, Cortés envió a suplicar a Motecuhzuma, que mandase que se hiciese para que los castellanos comprasen de comer. Respondió que él estaba preso y los mayores de sus criados, que soltase el que quisiese que lo fuese a ordenar. Cortés (sin pensamiento de malicia) soltó a un hermano de Motecuhzuma, señor de Itztapalapan y los mexicanos ni hicieron el mercado ni le dejaron volver a la prisión y le eligieron por su caudillo. Enviaba Cortés a Antonio del Río a Cempoalla a dar aviso de lo que pasaba y a dar priesa en la ida de los que allí habían quedado; y pasando con su caballo por el Tlatelulco, que era entonces la plaza del mercado, le dieron grita y comenzaron a seguirle con muchas armas y viéndose seguido y que por delante también le embarazaban, acordó de volverse y con la espada en la mano, rompiendo por la gente con el caballo, volvió al alojamiento haciéndose lugar.

Por la vuelta de Antonio del Río envió Cortés cinco de a caballo que reconociesen lo que había y hallaron dos o tres puentes por donde corrían las acequias, quitadas algunas vigas; y volviendo por otras calles las hallaron así y mucha gente en las azuteas que les señalaban que pasasen las puentes. Otro día salieron Ojeda y Márquez a buscar de comer y hallando una puente deshecha y el agua del acequia honda, con adobes, pedazos de esteras y otras cosas que echaron, pudieron pasar; yendo por una callejuela dieron en una troje de madera que hallaron llena de cinchos de cuero, con que los indios jugaban a la pelota y de armas y pasando Márquez a una casa más adelante oyó gran grita y volviendo él y su compañero, acordaron de huir, y si no fuera por un tlaxcalteca que llevaban que los guió las revueltas de las calles eran tantas que peligraran. Toparon un sacerdote mayor de los indios, con los cabellos desgreñados, gritando y haciendo señales de furioso; siguiéronle y entróseles en una casa llena de grullas mansas, que en viéndole comenzaron a graznar tanto, que Ojeda salió atónito. Cargaba la gente de la ciudad por todas partes, oíase la vocería, hinchíanse las azuteas de hombres. Seis castellanos que estaban en lo alto del templo atalayando, avisaron del rumor y con la llegada de Ojeda y Márquez salieron del alojamiento doscientos soldados, los demás se armaban. Pelearon con gran multitud de indios que sin temor de las espadas, rabiosamente acometían. Duró la cosa hasta la noche, quedando muertos infinitos mexicanos y ningún castellano. Con esto quedó desengañado Cortés de que tenía la guerra cierta y procuró con secreto de enviar a llamar a Salcedo, que había quedado con la recámara. Mandó que saliesen a deshacer algunas trincheras que los indios habían hecho, para que

pudiesen pasar adelante los caballos. Llegado el día comenzó la grita y el silvar y el pelear, que duró todo el día, con muerte de muchos mexicanos. Quedaron heridos algunos castellanos, porque de las azuteas tiraban muchas pedradas, aunque las escopetas y ballestas los maltrataban. Y habiendo sido avisado que le habían de acometer de noche, aunque fuese contra sucostumbre, mandó que se pusiese buena guarda.

CAPÍTULO LXIX. *Que prosigue la guerra de Mexico; y aprieto en que los indios tenían puesto a Cortés, donde hay cosas de notar*

OLVIERON EL DÍA SIGUIENTE LOS INDIOS a dar el tercer combate a Cortés, con grandísimo ímpetu; mataron a Cerezo, hombre de a caballo y viendo que eran su destruición las azuteas, por las muchas pedradas, dejó los caballos y con ciento y cuarenta escopeteros y ballesteros entró por la calle de Tacuba, haciendo gran riza; ganóla toda, porque llegaron a Tacuba, adonde se pudieran hacer fuertes y salvarse con toda la riqueza que tenían; pero teniendo en poco a los indios, volvieron al alojamiento y en las calles les acometieron infinitos indios, y como los de a caballo no se podían revolver, eran de poco fruto. Tomaron un castellano vivo, sin poderlo remediar, luego le sacrificaron a vista de todos. Tomaron dos piezas de artillería y echáronlas en las acequias y aunque con trabajo llegaron al aposento y los indios abrieron las puentes que los castellanos cegaron, para que pasasen los caballos. Volvieron otro día a pelear, la cuarta vez, tantos, que espantaba y acometieron el patio del templo mayor, adonde aunque era grande, por ser enlosado, no eran de provecho los caballos. Estaban en lo alto del templo muchos señores, gobernando y ordenando a la gente adonde habían de acometer. Envió Cortés contra ellos a Escobar, su camarero, con cien hombres y en subiendo cuatro gradas cayó sobre ellos tanta piedra y pedazos de maderos, palos y tizones que los hicieron retirar; tres veces fueron de esta manera rebatidos. Súpolo Cortés, atóse una rodela al brazo, porque estaba herido en una mano, fue adonde esto pasaba; dijo, que era vergüenza que se detuviese más aquel negocio; arremetió él primero, siguiéronle muchos, subiéronse las gradas, aunque derribaron algunos castellanos, malheridos. Dieron en trescientos caballeros, que allí estaban, no quedaron seis vivos, porque unos murieron a cuchilladas, otros despeñados, porque se echaban de los pretiles del templo y dos se quisieron abrazar con Cortés, para echarse con él, mas como era hombre de buenas fuerzas desasióse. Lo mismo aconteció a Ojeda y muriera despeñado si no le socorriera Lucas Genovés. Subieron a lo alto del templo, no hallaron persona, sino mucho cacao y comida y los indios tlaxcaltecas y cempoalles tuvieron buen día, porque comieron de los caballeros mexicanos muertos. Volvieron más indignados el siguiente día los mexicanos, con nuevas ma-